

En uno de esos primorosos comentarios, tan amenos como eruditos, que con frecuencia escribe para *El Tiempo*, don Luis de Zulueta, estampó este concepto, a manera de síntesis: "La naturaleza y la historia son las dos fuentes de la cultura". Me han hecho meditar un poco las palabras citadas; y como acabo de leer *La Vida de Grecia*, enorme ensayo, objetivo y profundo de Will Durant, acerca del nacimiento, del apogeo y de la decadencia de la vida y de la cultura de la Hélada, me siento inclinado a disentir del concepto que entrañan las palabras del señor Zulueta. ¿Quiso expresar nuestro ilustre amigo, auténtico árcade, que en la naturaleza, es decir en el medio que circunda al hombre y en los libros de historia (la historia no existe mientras no se escribe) encuéntrase las fuentes de la cultura?

Al penetrar, mediante la antena poderosa del historiador Durant, en el desenvolvimiento de la cultura griega, me parece que antes que a la naturaleza es preciso nombrar a la belleza. Floreció desde Creta, cuna de la civilización helénica, la poesía primero que la prosa. Pasaron muchos años antes de que aparecieran los prosistas. Durante un milenio, Homero, es decir, los rapsodas que surgieron al influjo del que llamó divino archipiélago un enamorado del milagro griego, crearon en un idioma armonioso, los mitos y los dioses del Olimpo, imaginado con la más extraordinaria imaginación de hombres conocida, que registra la historia de las religiones universales. Por los caminos de la poesía y de todas las manifestaciones de la belleza el griego asciende a la cima de su cultura. Mil años antes de que Atenas se nombre, en Creta los pintores se esmeran en dibujar en los muros de palacios y moradas, figuras plácidas, de graciosa plasticidad, ornadas de flores. Las costumbres eran todavía bárbaras en muchos aspectos. El instinto de la belleza las moderaba. En su ascensión hacia la superior cultura, los artistas helénicos, pintores y escultores no trasladaron al estuco, o al mármol, la fealdad. En la decadencia helenística, en Esmirna, ciudad más asiática que griega, quizá un escultor médico, esculpió la estatua de "las deformaciones anatómicas". El ateniense excusaba todas las faltas menos las contra la belleza. A Alcibíades le perdonaban sus extravagancias, porque era reputado el más hermoso de los atenienses. También era el más valiente y de inteligencia más ágil entre los amigos de Sócrates.

Mientras la civilización egea conservó las proporciones armoniosas que le dieron sus poetas y sus artistas, perfeccionadas por sus filósofos, desde sus olivares y viñedos hasta los mármoles de Paros florecieron en belleza. Lo más hermoso de la cultura de la Hélada, en la armonía que hermana a la libertad con la cultura. La libertad no nació enferma de anarquía, ni la belleza, en su juventud, pudo adivinar las torturas a que la sometería el hombre en tiempos de cansancio y de decadencia como los presentes.

El sabio historiador norteamericano, parsimonioso en sus juicios pero seguro de ellos, nos conduce desde los siglos homéricos hasta la conquista de Atenas por Roma, mostrándonos con lucidez admirable el devenir de la Hélada, para los poetas divina, para los historiadores simplemente humana. En esas mil páginas de la obra de Will Durant, traducida con innegable esmero, en cuanto se advierte en su castizo estilo, por don Luis Tobío y publicada en deleitable edición por Editorial Suramericana de Buenos Aires, desfilan los pueblos y los hombres que crearon la más mara-

La vida de Grecia

(Envío del autor, en Bogotá.
Diciembre de 1948).



Aristóteles

villosa cultura de que tenga memoria la humanidad. En el apogeo de su avance hacia una civilización armónica, en que el auge de la riqueza y del poder marchaban parejos con los más puros ideales, la industria ateniense, reflejo particularmente de una concepción de belleza artística, convertía en estatuas las cantaras del Pentélico y la alfarería del cerámico modelaba y ornamentaba los vasos que en los museos nos muestra resucitada la cultura de la Hélada. Los caballos que hizo surgir del bloque mármoleo el escoplo de los artistas griegos están demostrándonos, en rotas metopas, que fué aquella la era en que el ojo humano adquirió la mayor claridad imaginable.

Pero la Hélade había sido hasta el advenimiento de Filipo de Macedonia un pueblo de agricultores. El aumento de la población, los injertos de las costumbres asiáticas en la ética helénica, sustituyeron las actividades agrícolas y pastoriles, por las luchas de la riqueza mueble.

Las fortunas se hacían y deshacían con insolita rapidez y se desarrollaban con pródiga ostentación en forma que hubiera escandalizado a la Atenas de Pericles. Los "nuevos ricos" (los griegos los llamaban "neoplutoi") construyeron moradas de un lujo desorbitado, engalanaron a sus mujeres con costosos trajes y ricas joyas, se rodeaban de numerosa servidumbre y tenían como norma obsequiar a sus huéspedes con manjares y bebidas de gran precio".

La guerra del Peloponeso (siempre la guerra), precursora de las decadencias de una civilización, preparó el eclipse de la griega. Han pasado dos mil años y aquel pueblo, elevado a la cima de la cultura antigua por el culto de la razón y de la belleza, destrozado hoy por la guerra civil, perdió toda la fuerza creadora y es una ruina entre la erosión de sus colinas y los exiguos hilos de agua de sus ríos divinos, que viven vida inexhausta en los cantos de sus poetas.

Repasar las páginas de la historia de Grecia, escrita con criterio objetivo e intuitivo por Will Durant, si no es consolador para un es-

píritu interesado en la vida de la especie humana, es siempre interesante, aunque todo tenga la misma triste historia. Está visto. No existirá civilización que perdure eternamente. Todo nace, crece, y llega a su plenitud para descender al abismo de la muerte. Porque las desgracias de los hombres, a semejanza de las olas de que habló un poeta griego, "las unas se bunden mientras las otras vencedoras se alzan".

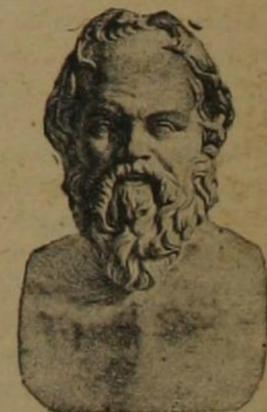
En el espejo de Grecia deberían estarse mirando todas las naciones. Hace tres mil años los pueblos experimentaron las cosas que ahora ensayan en grande escala. La Hélade conoció a los demagogos que le prometían al pueblo todas las bienandanzas en cambio del voto. Tuvo sus oligarcas ensoberbecidos, quienes de acuerdo con la religión tiranizaron a las multitudes. A Sócrates le hicieron apurar la cicuta en holocausto a dioses en que bien pocos creían. El comunismo hizo sus ensayos dentro de la civilización helénica. La plebe, también hace miles de años incendió los olivares del Atica y derribó las estatuas de las avenidas de la ciudad olímpica.

Pero una civilización y una cultura como las griegas, como la romana, la francesa y la española en los tiempos modernos, nacen, viven por siglos, rinden su magnífico esplendor y se van lentamente extinguiendo. No debemos, quizá, sentir extrañeza ante el desmoronamiento de la fuerza vital y de las virtudes creadoras de un pueblo y de una raza, que en mucho han contribuido a la grandeza de la especie humana. Cuando la demagogia invadió en Atenas las plazas, y las turbas incendiaban olivares y moradas, la libertad empezó a palidecer. Cuando Aristófanes, juglar anticipado de la decadencia ateniense, atacaba con expresiones de mal gusto a Sócrates, en alguna de sus vulgares comedias, ya se presentía el eclipse de la gran cultura griega. Del mismo modo cuando el arte toma los extraviados caminos de la extravagancia y las formas de la belleza son torturadas con sevicia verdaderamente insana, los jugos letales de la muerte han invadido la sangre de las naciones mantenedoras de la cultura, y su derrumbamiento está cercano.

"La civilización no se muere —nos dice el optimista historiador norteamericano— sino que emigra. Cambia de morada y de vestido, pero sigue viviendo".

Los dioses inmortales sabrán lo que restará de la cultura después de la era atómica.

Max GRILLO.



Sócrates